

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.— *La parábola «Dos banderas» excita nuestro celo por la salvación de las almas por tres motivos.*

1.º El odio que les profesa satanás. No pudiendo vengarse de Dios, se venga del hombre, imagen suya y objeto de su amor. Odia á Dios en nosotros. ¿Qué no hace por perdersos? 2.º El amor de Jesús á las almas. El es todo para ellas. Miremos su Cruz; oigámosle quejarse de la inutilidad de sus padecimientos y expresarnos los ardientes deseos de su Corazón; los buenos Sacerdotes los han secundado siempre. 3.º La excelencia de la vida apostólica: *Divinorum omnium divinissimum est cooperari Deo in salutem animarum*; no hay quien ignore su utilidad respecto al Sacerdote y al mundo.

PUNTO SEGUNDO.— *La parábola «Dos banderas» nos enseña como podremos ganar muchas almas para Dios.* Engañar es el arma del demonio, iluminar la del Salvador; desengañemos á los hombres é iluminémosles por medio de la palabra y del ejemplo.

MEDITACIÓN XLVI

Repetición de las dos precedentes y resumen de los motivos del celo por la salvación de las almas.—Se indican tres motivos

- I. Motivo de gloria.
- II. Motivo de caridad.
- III. Motivo de propio interés.

PUNTO I

Motivo de gloria

Para mejor comprender este motivo, conviene considerar á quienes nos asocia y á que obra nos hace concurrir el celo sacerdotal.

1.º El celo ha sido el carácter distintivo de todos los grandes hombres que han tenido sobre la tierra una acción bienhechora que cumplir. En el Antiguo Testamento Moisés se ofrece á Dios como víctima para obtener el perdón de su pueblo: *Aut dimitte eis hanc noxam, aut si non facis, dele me de libro tuo, quem scripsisti* (1). En el Nuevo San Pablo une sus sentimientos con los de sus hermanos en el Apostolado, cuando exclama: *¿Quis infirmatur, et ego non infirmor? ¿Quis scandalizatur, et ego non uror?* (2).— *Ego autem libentissime impendam et super impendam ipse pro animabus vestris* (3). Este mismo fuego del celo, esta misma necesidad de inmolarsse por las almas se encuentra no solamente en la larga serie de santos potífices, sucesores de los apóstoles, sino también en todos los buenos Sacerdotes con los que aquellos han compartido los cuidados del cargo pastoral. Domingo de Guzmán, Francisco de Asís, Vicente Ferrer, Vicente de Paúl, Antonio de Padua, Ignacio de Loyola, Francisco de Javier, Juan de Avila, Diego de Cádiz... ¡qué nombres! ¡Qué sublimes ejemplos de celo! Aun en nuestros días y entre nosotros, ¡cuántos ejemplos capaces de inflamar nuestro ardor! ¿Y no los encontramos aún entre los seculares? El celo, pues, nos asocia á los hombres más grandes, más gloriosos y ¿qué digo? nos asocia á los ángeles: *Omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos qui hereditatem capient salutis* (4). Nos asocia al mismo Dios: *Dei enim sumus adjutores* (5). *Zelus Dei vita est* (6).

2.º ¿Pero qué obra es esta para la que el Todopoderoso se digna pedir nuestra cooperación? Para el Padre es el objeto eterno de su pensamiento: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza*; hagámosle

(1) Exod., LXXXII, 31, 32.

(2) II, Cor., XI, 29.

(3) Ibid., XII, 15.

(4) Hebr., I, 14.

(5) I Cor., III, 9.

(6) S. Ambr.

para la santidad y la felicidad... Para el Hijo es el término al que encamina todos los trabajos de su vida y los sufrimientos todos de su muerte... Para el Espíritu Santo es el centro de todas sus operaciones en la Iglesia, hasta la consumación de los siglos... ¡Oh Sacerdotes! ¡El que creó al mundo sin vosotros, no quiere salvarlo sin vuestra cooperación! Jesús os ha confiado el tesoro infinito de sus gracias y méritos, con el encargo de repartir sus riquezas entre las almas. El Espíritu Santo os ha elegido para ser sus instrumentos; por medio de vosotros quiere santificar á los hombres y conducirlos á la soberana felicidad. ¡Oh sublime ministerio! Ignoro, dice Ricardo de San Víctor, si puede alguien recibir aquí abajo favor más grande que el de trocar á hombres perversos en hombres virtuosos y á hijos del diablo en hijos de Dios. ¿Por ventura parecerá á alguno que es más grande resucitar á un muerto? Mas.... ¿dónde está el recto juicio? Devolver la vida á un cuerpo que ha de morir otra vez ¿será más excelente que resucitar á un alma para que viva eternamente? (1).

PUNTO II

Motivo de caridad

La caridad reina de las virtudes, mira á Dios y al prójimo.

1.º Caridad para con Dios. ¡Ama Dios tan tierna, tan excesivamente á las almas! *Domine, qui amas animas* (2).—*Propter nimiam charitatem suam qua dilexit nos* (3). La Cuna, el Calvario, el Altar, cantan ese

(1) *Ignoro an possit hac gratia in terris majorem aliquam Deus homini conferre, quam ut ejus ministerio perversi homines in melius mutantur, et de filiis diaboli filii Dei efficiantur. An forte quidquam majus videbitur esse mortuos suscitare? Ergo majus erit suscitare carnem iterum morituram, quam animam in æternum victuram?...* (Lib. 1. De præpar., in Cant., c. 4.)

(2) Sap., XI, 27.

(3) Eph., II, 4.

amor sin tasa. ¿De qué otro modo, pues, le manifestaremos nuestro amor sino sacrificándonos enteramente por la salvación de las almas? *Simon Joannis, diligis me plus his?* Por segunda y tercera vez dirige la misma pregunta. Jesús no ignora, á la verdad, los sentimientos del corazón de Pedro, á pesar de afligirle con sus preguntas hasta el punto de que parece que los pone en duda; sino que aquellas palabras equivalen á estas: «Sé que me amas, Pedro; mas tú necesitas darme y darte á ti mismo una prueba incontestable de ese amor. Tus obras son las que deben responder por ti; ¿qué harás? ¿Dormirás sobre el duro suelo, llorarás tu pecado, darás tu vida?... ¡Oh apóstol! contempla y une tu corazón al mío; apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas y no temas: no puedes darme prenda más segura de tu amor.» San Cipriano dice á este respecto: *Ex hoc loco agnoscunt fidei magistri non aliter se Summo Pastori gratos fore, quam si omni studio caveant ut rationales oves curentur;* San Lorenzo Justiniano: *Nihil tam Deo gratum acceptumque est, quam pro viribus operam dare ut homines reddantur meliores;* San Gregorio Magno: *Nullum omnipotenti Deo tale est sacrificium, quale est zelus animarum. Ille apud Deum in amore magis dives est qui ad ejus amorem plurimos trahit;* y San Juan Crisóstomo: *Nihil adeo declarat quis sit fidelis amans Christi, quam si fratrum curam agat, proque illorum salute gerat sollicitudinem. Hoc maximum amicitie erga Christum argumentum.*

2.º Caridad para con el prójimo. La compasión es su primer efecto; ¿á qué seremos sensibles si no lo somos á la triste suerte de tantos infortunados que se arrastran en el crimen y en el sufrimiento, ignorando lo que les importa saber sobre toda otra cosa, ó no usando de sus luces sino para agravar su culpabilidad y desgracia? ¿A dónde van estos ciegos? ¿Hacia dónde corren esos frenéticos? ¿Al borde de qué abismo duermen estos pecadores? Responded vosotros, Sacerdotes, á quienes el Señor ha ilustrado sobre todas estas verdades. Aunque el Sacerdote dé

su vida por estas pobres almas, no hará más que cumplir el oficio del Buen Pastor; *Bonus Pastor animam suam dat pro ovibus* (1). Después de todo ¿á qué se reducirá este sacrificio las más de las veces? A un poco de paciencia para instruir, á un poco de humildad para olvidar una injuria, á un aviso saludable, á una exhortación cariñosa, á una palabra oportuna, á un favor concedido..... Mas ¡ay! Es pedir demasiado al que ha dejado extinguirse en su corazón el celo y la caridad: con glacial indiferencia, verá perecer á sus hermanos por quienes Jesucristo ha muerto: *Peribit infirmus in tua scientia frater, propter quem Christus mortuus est* (2).

PUNTO III

Motivo de propio interés

Dios pone delante de nosotros el agua y el fuego, la vida y la muerte, la salvación más dichosa y la condenación más horrible...elijamos. Sin celo estamos perdidos; el infierno de los malos Sacerdotes será nuestra morada. A la verdad, sin celo es imposible el amor: *Qui non zelat, non amat* (3), y el que no ama ya está muerto: *Qui non diligit, manet in morte* (4). Pero si nosotros somos verdaderamente celosos, no habrá bendiciones en la vida, ni consuelos en la muerte, ni gloria en el cielo á que no tengamos derecho y a que no podamos aspirar.

1.º Ejerciendo la misericordia estemos seguros de obtenerla: *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur* (5). Nosotros mediante el celo sacerdotal la ejercemos en lo que de más excelente tiene; porque la caridad que se emplea en salvar almas,

- (1) Joan., X, 11.
- (2) I Cor., VIII, 11.
- (3) S. Aug.
- (4) I Joan., IV, 14.
- (5) Matth., V, 7.

es tan superior á la que trata sólo de aliviar los sufrimientos temporales, como el alma al cuerpo, el Cielo á la tierra, los bienes y males eternos á los bienes y males pasajeros y caducos. Las promesas hechas en favor de la limosna, se aplican *a fortiori* al celo: *A morte liberat, purgat peccata, facit invenire misericordiam, resistit peccatis* (1). ¡Cuántos consuelos encierra esta última palabra! La voz de mis iniquidades se levanta contra mí; pero es apagada por la voz de mi celo que habla y ruega por mí. He aquí, pues, el gran medio para calmar las inquietudes que me atormentan con el recuerdo de mis pecados: *Charitas operit multitudinem peccatorum* (2). El celo satisface por mí á la justicia de Dios y aun le hace deudor mío á causa del rico tesoro que yo deposito en sus manos. ¿Hay una vida más abundante en méritos, más llena de buenas obras que la que se consume en los trabajos y tribulaciones del celo?

2.º ¡Qué muerte más dulce la de aquel que ha vivido como apóstol y pastor celoso: *Euntes ibant et flebant, mittentes semina sua; venientes autem venient cum exultatione portantes manipulos suos!* (3). Del buen Sacerdote puede decirse que al morir se siente con descanso lleno de opulencia; *Sedebit..... in requie opulenta* (4). El sacrificarse por la salvación de las almas, es una de las señales más seguras de predestinación. San Pablo, hablando de los que le habían ayudado en sus trabajos evangélicos, afirma que sus nombres están escritos en el libro de la vida (5). ¿En qué fundaba él mismo sus esperanzas para el gran día en que cada uno recibirá con arreglo á sus obras? Precisamente en las conquistas que había hecho para Jesucristo: *Quæ est enim nostra spes...., quæ corona gloriæ? Nonne vos ante Dominum nostrum Jesum Christum estis in adventu ejus?* (6).

- (1) Tob., XII, et Eccli., III.
- (2) I Petr., IV, 8.
- (3) Ps., CXXV, 6.
- (4) Is., XXXII, 18.
- (5) Philip., IV, 3.
- (6) I Thess., II, 19.

3.º Mas para este Sacerdote celoso ¿no habrá en el Cielo más que una corona? S. Gregorio responde: *Tot coronas sibi multiplicat, quot Deo animas lucrificat* (1). Añadirá á su propia dicha la de todas aquellas almas á cuya salvación ha contribuido. Será grande entre los príncipes del Reino celestial: *Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum* (2). Comparad el esplendor de los astros con el del firmamento, y tendréis una idea de la gloriosa distinción reservada á los buenos Sacerdotes en la bienaventuranza eterna: *Qui docti fuerint, fulgebunt quasi splendor firmamenti; et qui ad justitiam erudiunt multos, quasi stellae in perpetuas aeternitates* (3). Amemos, pues, á Dios, amemos al prójimo, amémonos á nosotros mismos convenientemente, y no retrocederemos jamás ante un sacrificio, cuando se trate de la salvación de las almas.

Id al altar á beber el celo en su verdadera fuente. Del Corazón de Jesús parten las chispas del fuego sagrado que abrasa á los varones apostólicos. Ofreceos al Pastor de los pastores para correr en busca de las ovejas descarriadas: *Ecce ego, mitte me*. Durante la acción de gracias, si entráis dentro de vosotros mismos, oiréis al Salvador pedir os vuestro concurso para el cumplimiento de los designios de su misericordia: *Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?* Entregaos á El y prometedle no desperdiciar ocasión alguna de cooperar á la salvación de las almas.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Motivo de gloria.* ¿A quiénes nos asocia nuestro amor hacia las almas? A los grandes y más bienhechores de la humanidad, á los ángeles y á Dios mismo

- (1) Past., III p.
- (2) Matth., V, 19.
- (3) Dan., XII, 3.

de quien somos cooperadores.—¿A qué obra nos hace concurrir? La salvación del hombre es el objeto principal del pensamiento de Dios Padre, el fin de los sufrimientos de Dios Hijo y de las operaciones de Dios Espíritu Santo.

PUNTO SEGUNDO.—*Motivo de Caridad.* Para con Dios, que ama tan tiernamente á las almas. Entre todos los testimonios de amor, que podamos ofrecerle ninguno es tan acepto á su Corazón como nuestro celo por la salvación de las almas.—*Diligis me? Pasce agnos, pasce oves meas.*—Caridad para con el prójimo.—¿Cómo se le amaré, permaneciendo insensible á la desgracia de tantas almas á las que se podría procurar el soberano bien?

PUNTO TERCERO.—*Motivo del propio interés.*—Si somos verdaderamente celosos, no habrá bendiciones en la vida, ni consuelos en la muerte, ni gloria en la eternidad que no podamos prometernos.

MEDITACIÓN XLVII

Bautismo de Jesucristo.—Contemplación

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO.—El Hijo de Dios va á salir de su retiro y á entrar en su vida pública. Deja á Nazaret para ir á confundirse entre los pecadores que reciben el bautismo de San Juan. El Precursor rehusa por humildad bautizar á Jesús; accede al punto por obediencia. Acabada la ceremonia, El Espíritu Santo descende visiblemente sobre el Salvador y Dios Padre le proclama Hijo suyo.

SEGUNDO PRELUDIO.—Representarse las riberas del Jordán, y la gran afluencia del pueblo que viene atraído y tocado por la predicación y los ejemplos del Bautista, recibir el bautismo de penitencia.

TERCER PRELUDIO.—Pedir la recta inteligencia de

este misterio á fin de saborear y practicar las verdades que encierra que particularmente se refieren á los obreros evangélicos.

PUNTO I

Contemplar las personas

En Nazaret, la Sma. Virgen que se duele y se regocija al mismo tiempo de la partida de su Hijo. Es cierto que se privará de su presencia; pero la obra de la Redención se llevará á cabo, procurándose con esto la mayor gloria de Dios y la salvación de los hombres..... ¿Cuándo sabré yo ahogar la voz de la naturaleza, para escuchar y atender solamente el llamamiento de la Religión y de la Caridad?—Sobre las orillas del río, mirad aquella multitud que acude de toda la Judea no sólo por ver al Santo Precursor, sino para escuchar sus instrucciones... Las armas rendidas, los corazones enternecidos... Por todas partes se pide el bautismo... ¡Oh poder maravilloso de la santidad del predicador! Ved á Juan Bautista: la palidez de su rostro, su porte profundamente penetrado de las verdades que predica, su vestidos, su vida, os explicarán el éxito de su predicación..... Contemplad á Jesucristo, adoradle, asombraos de ver al Santo de los santos, mezclado entre esa turba de pecadores. Preguntadle de que pecados viene á hacer penitencia; excitaos al arrepentimiento de los vuestros.—En el Cielo los ángeles, comtemplan admirados la humildad y la caridad de su divino Rey; Dios Padre está atento, y se prepara á honrar á su Hijo según la medida de las humillaciones á las que se entrega para complacerle.

PUNTO II

Escuchar las palabras

He aquí las palabras que San Buenaventura pone en boca del Salvador al despedirse de su Madre: «Tiempo es ya de ir, y glorificar, y mostrar á mi Pa-

dre y prestarme al mundo y obrar la salvación de las almas para la cual El me envió. Cobrad ánimo, Madre mía, porque pronto volveré á Vos.» (1) Penetremos en el corazón de S. Juan Bautista y admiremos los sentimientos de respeto y veneración que lo embargaban cuando, al reconocer á Jesucristo, le dice: «*Ego a te debeo baptizari, et tu venis ad mel*» (2).— Fijémonos sobre todo en la respuesta que le da «*Sine modo, sic enim decet nos implere omnem justitiam*. Puesto que tú sabes quien soy yo, *sine*; no te opongas á mis designios; el tiempo de manifestar mi gloria no ha llegado; pero sí el de humillarme, *Sine modo*. Es necesario que cumplamos toda justicia, *nos*; yo recibiendo y tú dándome el bautismo; nosotros que instruimos á los demás, conviene que en todo les demos ejemplo.» (3) Humillémonos. La perfección de la humildad es la perfección de la justicia; el hombre humilde respeta los derechos de todos; da honor á Dios y guarda para sí la humillación.— Escuchemos la voz que viene del Cielo: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui*. ¡Hijo de Dios, objeto eterno de las complacencias de Dios!... Todas las grandezas de Jesucristo, todas sus perfecciones están contenidas en estas dos palabras; ¿cuándo le daremos todo lo que de nosotros reclama este doble título?

PUNTO III

Considerar las acciones

Jesús emprende denodadamente el camino señalado por la voluntad divina. Despidese de María, no impidiendo la resignación el dolor que la embarga-

(1) *Tempus est ut vadam, et glorificem, et manifestem Patrem meum, et ostendam me mundo, et operer animarum salutem, pro qua me Pater huc misit. Conforteris ergo, mater bona, quia cito redibo ad te.* (Med. vit. Christ.)

(2) Matth., III, 14

(3) *Nos, id est quotquot aliorum magistri sumus, decet eos praeire exemplo.* (Corn. a Lap.)

ba, y como indica S. Buenaventura, doblando sus rodillas el Maestro de la humildad pide la bendición de su Madre. Marcha solo, porque aún no tiene discípulos. Acompañémosle en espíritu. ¿No es el Rey de los reyes? ¿Dónde, pues, está su cortejo? ¿No cuenta en su Reino con millones de ángeles para que le sirvan? Sí; pero este Reino no es de este mundo. Ha tomado la forma de siervo y no la de monarca. ¡Hijos de los hombres! ¿por qué preferís siempre la vanidad á la verdad, lo fortuito é incierto á lo duradero y seguro, el tiempo á la eternidad? Jesús llega á las riberas del Jordán. Quiere ser bautizado por S. Juan, quien desde luego se resiste. ¿Cómo? ¿La frente de un Dios se inclinará bajo la mano de un mortal? La elevación apena á los humildes así como la humillación á los soberbios; la diferencia está en que aquellos se gozan en su abatimiento, porque les impulsa la virtud y estos se sienten turbados, porque los incita la pasión. La obediencia pone término á este combate de la humildad; Jesús manda y Juan obedece. Es á veces mayor virtud recibir un honor que buscar una humillación: no falta quien hable mal de sí mismo, pero que se enojaría si supiera que los demás le prestaban fe á sus palabras.

Jesucristo desciende hasta el agua del río..... ¡Nuevo prodigio de abatimiento! Hasta ahora ha vivido olvidado y sin que los hombres reparen en El; hoy además quiere pasar por un pecador, porque pecadores eran á los que San Juan predicaba penitencia y pecadores á los que bautizaba. ¿Quién al mirar á Jesús en tal estado, hubiese creído que era el Salvador del mundo? ¿Quién hubiese sospechado en El al Creador del universo, al Dios de toda majestad, y de toda santidad? No le detiene el considerar que siendo reputado como pecador, quizás las gentes no dieran oídos al Evangelio que iba á predicar. Nada le detiene.

El que se humilla será ensalzado. El cielo confirma esta promesa, y mientras este tan humilde penitente

hace su oración (1), Dios le glorifica, reconociéndole por Hijo suyo muy amado y declarando que lejos de ser un pecador, es el objeto de todas sus complacencias. El Espíritu Santo desciende sobre El en forma de paloma. He aquí que todos los hombres se dirigen á El y le ofrecen sus más respetuosos homenajes de culto y adoración: su humildad es la que prepara el éxito de su predicación.

¡Oh Sacerdote! ¿Sabes cómo has de disponerte á cumplir tus ministerios? Humíllate, confúndete como un pecador; lava tus menores faltas con las lágrimas del arrepentimiento más sincero, ruega..... El Cielo se abrirá y el Espíritu de Dios, llenándote de sus dones, preparará las almas para que tu celo sea provechoso. Antes de llegar al altar di á Jesucristo inspirado en los mismos sentimientos que San Juan Bautista: *Ego a te debeo baptizari, et tu venis ad me!* ¡Cuánta pureza de alma necesito para tratar dignamente tan altos misterios! ¡Vos solamente, Dios mío, podéis hacerme digno! Pero ¿qué digo? ¿Puede serlo una criatura? ¡Ah, Señor! aun cuando mi pureza igualara á la de S. Juan Bautista, y yo tuviera la santidad de los ángeles y de su Reina, debería asombrarme de la condescendencia infinita por la que os dignáis venir á mí: *Tu..... ad me!* ¿Quién sois Vos, Señor, y quién soy yo? Acércate, sin embargo, con confianza; pero al contemplar á Dios descender al abismo de tu nada, suplícale que destruya en ti toda soberbia y que adorne tu alma con toda justicia, concediéndote una perfecta humildad.

Super bonitate tua et magna misericordia tua, Domine, confisus, accedo æyer ad Salvatorem, esuriens et sitiens ad fontem vitæ, egenus ad Regem cæli, servus ad Dominum..... Confiteor vilitatem meam, agnosco tuam bonitatem.....; et gratias ago propter nimiam cæcitatem (2).

(1) *Jesu baptizato et orante, apertum est cælum.* (Luc., III, 21).

(2) *Imit.*, I, IV, c. II.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas.* En Nazaret, María que se aflige y al mismo tiempo se goza de la partida de su Hijo.—Sobre las riberas del Jordán una multitud que acude de toda la Judea, S. Juan Bautista de rostro demacrado, Jesucristo confundido entre los pecadores.—En el Cielo los ángeles en el colmo de la admiración contemplan al Padre que se dispone á glorificar á Jesús.

PUNTO SEGUNDO.—*Escuchar las palabras.* Las del Salvador, al despedirse de su Madre y consolarla.—Las de S. Juan Bautista: *Ego a te debeo baptizari, et tu venis ad me?*—Las de Jesucristo: *Sine modo, sic enim decet nos implere omnem justitiam.*—Las del Padre Eterno: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui.*

PUNTO TERCERO.—*Considerar las acciones.*—Jesucristo emprende el camino señalado por la voluntad de su Padre. Despidese de su Madre y marcha solo al Jordán. Llega, quiere ser bautizado por S. Juan, que se resiste desde luego por humildad y se resigna por obediencia. El Salvador del mundo desciende hasta el agua del río ¡qué prodigio de abatimiento! *El que se humilla será ensalzado.* Dios glorifica á este humilde penitente mientras ora. Todos los hombres se dirigen á El y le ofrecen culto y adoración; su humildad es la que prepara el éxito de su predicación.

MEDITACION XLVIII

Jesucristo en el desierto.—Amor al retiro

- I. Grandes ejemplos nos lo recomiendan.
- II. Poderosas razones nos persuaden.

PUNTO I

Grandes ejemplos nos excitan al amor del retiro, el del Salvador y el de sus más fieles ministros

Ejemplo de Jesucristo.—Siendo el principal objeto de su misión instruir á los hombres, parecía natural que se manifestara cuanto antes á ellos y con ellos

conversara. Deja pasar sin embargo en la oscuridad treinta años de su vida; y no dando al mundo más que tres años para sacarlo de sus errores, mediante su predicación, antes de entrar en él, se retira durante cuarenta días al desierto. ¡Qué retiro! ¡Qué silencio! ¡Qué oración! ¡Qué penitencia! De esta suerte se prepara para conversar con los hombres, conversando antes con su Padre. Aun comenzada su predicación y en lo más recio de sus evangélicas tareas, se le verá amenudo huir á los montes para quedarse allí á solas con Dios y dar más pábulo á su oración: *Ascendit in montem solus orare* (1). *Fugit iterum in montem ipse solus* (2). ¿Tenía el mundo para El peligro alguno? No, pero temía los que nos amenazaban á nosotros. Erase tan fácil recogerse interiormente en las calles de Jerusalén como en la soledad de Nazaret y la más continua acción no podía alterar el reposo de su contemplación. Jesús sin embargo no necesitaba retirarse al desierto ni á los montes para templar su alma al calor de la oración; pero tenía gran empeño en inculcar en sus ministros el amor al retiro por preveer que había de serles absolutamente indispensable, para salir victoriosos de las batallas que habían de presentarles sus enemigos. No de otro modo han entendido esta lección todos los santos buenos Sacerdotes.

2.º En efecto, á poco que se repare se verá que el cumplimiento de sus ministerios los lleva á los trabajos exteriores del apostolado y los separa de la vida retirada y de los ejercicios del retiro. San Bernardo se quejaba amargamente de ser arrancado con demasiada frecuencia de su amada soledad. Aunque no tenía otro trato con los hombres que el que exigían los intereses de Jesucristo, aseguraba no obstante que tanto se alejaba de Dios cuanto se alejaba de su celda y su vida silenciosa. San Agustín, siendo Sacerdote aún, rogaba á su Obispo que lo dejara en

(1) Matth., XIV, 23.

(2) Joan., VI, 15.